

EL RINCÓN DE VÍKTOR

Martes, 01 de Marzo de 2011



COADRAGÉSIMO PRIMER CAPÍTULO. CONFUSIÓN.

Pienso que ni siquiera nos conocemos a nosotros mismos. La búsqueda nunca cesa, somos curiosos, y queremos explicarlo todo. Al menos, intentamos explicarlo todo. Hasta lo que se nos escapa. Hasta lo que no es explicable. No porque sea más fácil o más difícil, sino porque simple y llanamente, no tiene explicación. Estoy convencido de que todo ser humano, escarbando con mayor o menor intensidad en su interior, ha experimentado o ha vivido algo que aún no es capaz de explicar. Estoy seguro de que en su fuero interno le sigue dando vueltas al hecho o al asunto. Y estoy seguro de que, conforme ha ido pasando el tiempo, ha ido creciendo su incertidumbre, a la vez que su curiosidad, con respecto a ese hecho. Lo que sucede es que, por regla general, las personas solemos ocultar todo aquello que nos parece exótico, esotérico, por miedo a que nos tomen por locos, o lo que es peor, que nos tomen por tontos. Todos tenemos una buena historia de este tipo guardada. Y todos tenemos por lo tanto, una buena historia que contar. Lo que pasa es que hay que estar preparados para ello. Exteriorizar un temor, una duda, una preocupación, o en este caso, una experiencia rara, es una forma bastante efectiva de exorcizar temores infundados. Puede que ese hecho, o esa vivencia, nos hayan creado un cierto temor, un cierto repelús. Uno de los métodos que nuestro cuerpo tiene para defenderse de esos temores es la ridiculización de ese hecho. Así, dejamos caer en el saco de lo no trascendente, de lo no importante, lo anecdótico y desechable, todo este tipo de vivencias. Lo que sucede es que, no por haberles quitado importancia dejan en sí de tenerla. No dejan de ser vivencias o experiencias. Toda vivencia o experiencia enriquece la personalidad de cada persona. Por triste, rara o desconcertante que sea. Por tanto, me parece que no hay que tener ningún temor, ningún miedo, ningún reparo en compartir este tipo de historias con los demás. Porque fijaos bien, el que está escuchando puede no dar crédito a lo que se está contando, pero sin embargo, su imaginación ya se ha puesto manos a la obra, y ha recreado la historia al completo. Y por experiencia sé que, a pesar de que al contarla siempre haya alguien que comente que no se cree tal cosa, o que le parece demasiado fuerte como para ser real, en la mente de esos incrédulos o escépticos se siembra la duda. Llegamos a una verdad básica en todo proceso de conocimiento humano: ni hay verdades absolutas ni una realidad única y hermética. Aún no sabemos qué es la realidad. Pero estamos empezando a intuir que en verdad deberíamos hablar de realidades más que realidad. En fin, espero que quien lea estas líneas medite todas y cada una de estas letras, y pueda comprender lo que he querido decir.

Puede que algún día, no le ponga fecha porque lo mismo será pasado-mañana que dentro de un año, redacte en forma de Barca de Caronte alguna experiencia de las que recuerdo y que tengo grabadas a fuego para siempre. Sin embargo, la historia que a continuación voy a contar, aunque esté redactada en primera persona no me sucedió a mí. Sin embargo, la fuente de la que la tomo es fiable, y seguro que no os dejará indiferentes. Espero que la disfrutéis y la interpretéis después de haber reflexionado sobre lo que he escrito en el párrafo precedente a este. Yo no digo que lo que a continuación contaré pasó en realidad. Yo creo que sí, conozco bien a la fuente. Pero eso lo debéis juzgar vosotros. En todo caso, pensad al menos en la posibilidad de que así lo fuera (de que pasara de verdad). Un saludo a todos, VK. 1-3-2011.

“No acierto a entender qué fue lo que experimenté esa noche. Pero mi memoria guarda perfectamente conservado ese recuerdo imborrable para mí. Lo recuerdo con cierto temor. Es un miedo sordo, raro. Es un miedo que no considero como peligroso. Al fin y al cabo aquí estoy para poder contarlo. Es más bien un miedo en el sentido siguiente: es tan desconocido o tan irracional que estoy convencido que nunca le encontraré ningún sentido. ¿Acaso lo tiene? He leído mucho sobre casos parecidos al mío, pero no me terminan de convencer. Pero ahí está. Sé que es real. Y sé que me sucedió de verdad, aunque muy pocos me creen seriamente. Lo que voy a contar puede poner los pelos como escarpías. Yo no lo paso bien contándolo. Pero creo que me consuela de algún modo, a pesar de las sonrisas de incredulidad que mis ojos ven mientras articulo todas y cada una de mis palabras.

Aquella noche había cenado una pizza de jamón de York y queso con un bitter para beber. Recuerdo que fue un día duro en clase. Horas antes de cenar, durante la tarde, una leve somnolencia me acosaba, pero puse música en el ordenador y pude vencerla rápidamente. Era jueves por la noche y mis compañeros de piso se habían ido de juerga al botellón. Yo no tenía ganas. Además, el viernes tenía tres clases importantes y quería levantarme por la mañana en perfectas condiciones. Puse una película que emitían en televisión como aguardando el momento en el que el sueño me indicara el camino de la cama. Y así sucedió. Serían poco más de las doce de la noche cuando me arrojé y me eché a dormir. Después, no recuerdo nada, hay un lapsus de no sabría decirte cuanto tiempo. Es como cualquier sueño normal, que al levantarte ya no recuerdas qué has soñado. Sin embargo, recuerdo que sentí una sed horrible. Como un resecamiento de boca bastante grande. Noté la lengua bastante pastosa. Y sentí la necesidad imperiosa de levantarme para beber un vaso de agua. Me desperté y me incorporé para encaminarme hacia la cocina, que está al final del pasillo del piso. Sin embargo, a cada paso que iba dando, iba notándome como más pesado, como más torpe, vamos, que tenía que hacer un gran esfuerzo para levantar cada pie. Me asusté. Pensaba que me estaba mareando o algo así. Conseguí como pude llegar a la nevera, abrí el frigorífico, y cogí la botella de litro y medio de agua. Vacíé en un vaso el agua que iba a beber, y la bebí de un trago. Después llené otro vaso. Y otro más. Parecía no saciarme. Entonces, noté a los pies una gran humedad. Toda el agua se había derramado debajo de mí. No era posible. No sé si esa agua estaba ya allí vertida antes de que yo entrase en la cocina, pero si hubiera sido así, me habría mojado los pies. Y algo en lo que caí después fue en lo siguiente: notaba el agua en el empeine de mis pies, es decir, por encima, y no en la planta. Esa sensación que se tiene momentos antes de perder la consciencia por completo, ésa era la que yo sentí desde el momento en que me desperté. Sin embargo, tampoco tenía la sensación de que me fuera a desmayar inmediatamente. No sé. No lo sé explicar mejor. Cuando volví a la habitación para retomar mi sueño, entonces fue cuando me asusté del todo. Allí estaba yo, durmiendo plácidamente. No me había movido de la cama. Es una sensación bastante curiosa la que se siente al verse a uno mismo durmiendo. No sabía qué hacer. Intenté acercarme al cabecero de la cama. Me cercioré. Sí, sí, ése era yo. Yo mismo. No podía ser. Miré el radio-reloj de la mesita de noche. Eran poco más de las doce de la noche. Es decir, como si me acabara de acostar. Entonces me invadió una sensación de impotencia enorme. ¿Qué hacía yo ahí? ¿Quién era yo realmente, el que veía dormido en la cama, o yo mismo que me había levantado para beber agua? Entonces quise coger mi móvil, para llamar a mis compañeros. Estaba realmente asustado. Al cogerlo, sentí un calambrazo, un impulso, no lo sé. Lo que sé es que se estampó contra el suelo saliendo la batería por un lado, y la carcasa por otro. No sé por qué, fui hacia la salita. Estaba amueblada con muebles bastante viejos. Pero sobre todo, había un reloj enorme de pie, cuya imagen no se me borrará jamás. Era un reloj de cuerda, cuyo péndulo se podía ver a través de un cristalito. Le dí al interruptor y entré en la salita. Me senté en el sofá, todavía sin creerme lo que me estaba pasando. Le daba vueltas, no me atrevía a volver a mi cuarto. Ni tampoco a la cocina. Entonces me dí cuenta: las manijas del reloj no se movían, era como si no pasara el tiempo, como si no pasaran los minutos. Me fijé en el péndulo, y estaba quieto, hierático, inmóvil. Sentí la necesidad de apagar rápidamente la luz. Me recosté en el sofá y el sueño parece que me venció. Juro que aquella noche terminé acostado en el sofá. Pero por la mañana al despertarme me dí cuenta de que volvía a estar en mi cuarto. No logro saber cómo llegué allí. En el piso, como era de esperar, no había nadie más que yo. Mis compañeros habían dormido fuera. Fui al cuarto de baño para hacer mis necesidades y lavarme un poco la cara. Le daba mientras vueltas a todo. Porque lo recordaba todo perfectamente. Fui a la cocina. Y allí seguía el vaso y la botella de agua en la encimera. Y la nevera entreabierta, es decir, no me estaba volviendo loco. Después de llenarme un vaso de leche y cerrar bien la nevera fui hacia la salita. Y efectivamente, en el sofá aún estaban las marcas típicas que deja un cuerpo que ha dormido allí toda la noche. Por supuesto, el reloj de pie volvía a funcionar y el péndulo oscilaba como debía. Me dí una ducha fría y decidí no pensar más en ello. Han pasado los años, y aún lo recuerdo como si fuera ayer. He leído mucho, sobre todo respecto a los famosos viajes astrales. Pero aún no soy capaz de interpretar correctamente todo aquello. Sé que sucedió. Pero nada más.”